

Introducción

«Te traigo muchas cosas (...)
El olvido, que purifica.
La memoria que elige y que redescubre.»

Jorge Luis Borges
La cifra (1981).

Al describir la democracia representativa de manera esquemática seguramente mencionemos, entre sus características básicas, que las personas que ostentan el poder político son elegidas mediante el ejercicio periódico del sufragio universal, en condiciones de libertad de opinión, libre presentación de candidaturas y ausencia de coacciones al cuerpo electoral. El sufragio es, por tanto, un acto central en la creación de la representación política tal y como la conocemos y, en consecuencia, uno de los objetos principales de la Ciencia Política contemporánea. Dedicamos esta investigación monográfica a un aspecto del mismo insuficientemente considerado, pero con consecuencias para su estudio y comprensión: cómo es recordado el comportamiento electoral.

Desde un punto de vista normativo, es relevante que los electores recuerden con fidelidad cuál fue su conducta en una elección anterior. Afecta, de manera singular, a los principios en los que se fundamenta el carácter responsable del gobierno representativo. En palabras de Bernard Manin, su estructura institucional «confiere influencia sobre el curso de la política pública a los ciudadanos que juzgan retrospectivamente las acciones de sus representantes» (Manin, 2006: 225). Es decir, en el modelo clásico de la democracia liberal, el control de los representantes se sustenta en unos electores que sopesan los efectos de su voto anterior y que, en función de su valoración, dirimen responsabilidades en la siguiente convocatoria electoral, repitiendo su conducta o modificándola. Para ello, la condición primera es que recuerden qué han votado.

La Ciencia Política empírica dedica buena parte de sus esfuerzos a explicar y comprender el voto, un espacio de la realidad que refiere un acontecimiento social delimitado y preciso, pero cuyo acceso al conocimiento está acotado institucional

y metodológicamente. Como es bien sabido, el sufragio se escruta públicamente, poniéndose en operación los mecanismos reglados que lo traducen, en su caso, en representantes electos. Su expresión individual, basada en el empleo de artefactos (piedras, bolas, papeletas, dispositivos electrónicos o similares), tiene formas tanto públicas como secretas. Estas últimas, según explica Montesquieu (1906: 27), obedecen a la necesidad «de prevenir los amaños».¹ El voto oral tradicional, así como la selección pública de la papeleta, puede dejar expuestos a sus emisores a presiones y coacciones (Allen y Allen, 1981; Bourke y DeBats, 1978; Converse, 1972; Mitchell, 2008).

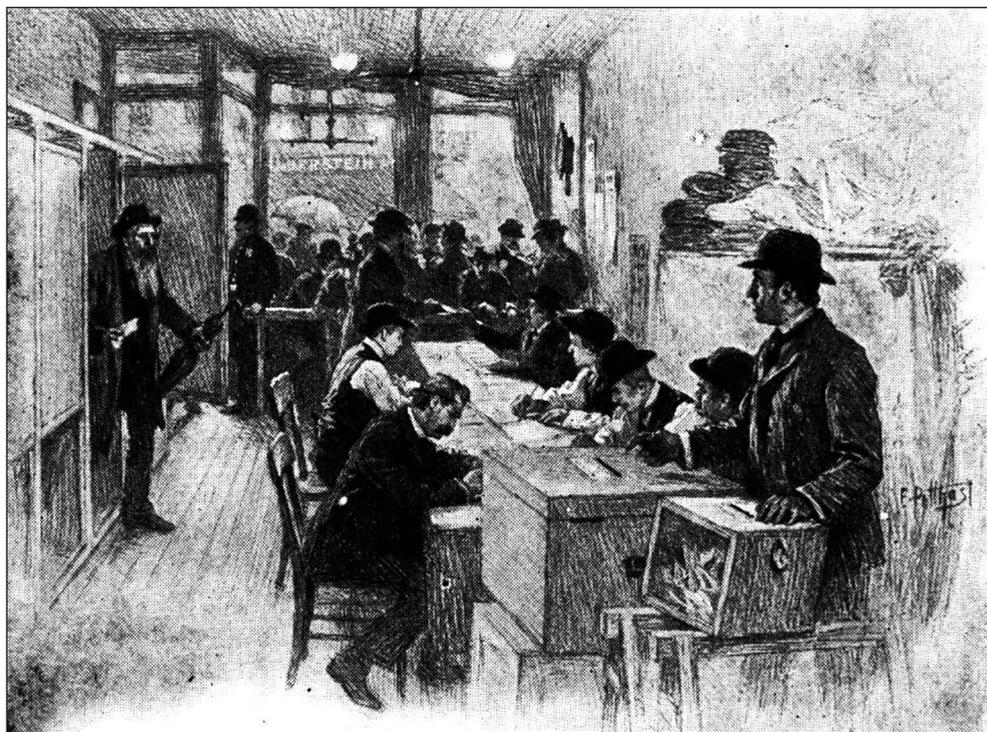
ILUSTRACIÓN 1. Votación a viva voz en Inglaterra a mediados del siglo XIX



Fuente: George Caleb Bingham (1811-1879) English: The County Election. 1852.

¹ «Si se trata de prevenir los amaños, el voto debe rodearse del mayor secreto». El Barón de Montesquieu (1689-1755) está a favor del voto secreto solo en los órganos compuestos por nobles o en el Senado de una democracia: «Cuando el pueblo da sus sufragios, el voto debe ser público, lo que ha de mirarse como otra ley fundamental de la democracia. Es menester que los menores del pueblo sean ilustrados por los principales y contenidos por la gravedad de ciertos personajes. Así, en la república romana, todo se destruyó al ordenarse el secreto en las votaciones» (*El Espíritu de las Leyes*, 1906: 26-27).

ILUSTRACIÓN 2. Cabinas de votación en los Estados Unidos a comienzos del siglo xx



Fuente: Andrews, E. Benjamin. *History of the United States*, volume V. Charles Scribner's Sons, New York. 1912.

La posibilidad de emitir el voto de manera secreta cuenta con una larga trayectoria histórica. Está presente tanto en la época clásica como en la edad moderna, en la Francia revolucionaria y en las reivindicaciones del cartismo. A partir de mediados del siglo XIX, la práctica va extendiéndose a todo tipo de comicios ciudadanos (no así en la mayoría de votaciones de las asambleas legislativas o cívicas), generalizándose el uso de cabinas (Newman, 2003) o de recintos similares con privacidad, donde los electores pueden preparar o emitir el voto sin ser observados ni controlados. Habitualmente se ingresan las papeletas, directamente o en sobre cerrado, en una urna colectiva en la que no pueden ser identificadas individualmente.² Como resultado de este proceso, el voto en las elecciones contemporáneas es un acto concreto

² De la misma manera, los dispositivos de voto electrónico empleados de manera oficial por las autoridades electorales de diferentes países aseguran la imposibilidad de asociar directamente al emisor con el sentido de voto. (Disponible en: http://aceproject.org/ace-es/focus/f0_e-voting).

y cierto que solo su emisor puede observar a nivel individual, lo que supone un desafío para su estudio desde las ciencias sociales.

Bien es cierto que los escrutinios electorales pueden examinarse con transparencia. Pueden ponerse en relación con las características sociales y políticas de los segmentos del electorado implicados, así como observarse sus modificaciones a través del contraste con los de votaciones diferentes. Por esta vía, la unidad mínima de observación posible corresponde al ámbito inferior donde se verifica el recuento público, habitualmente, la mesa electoral, pudiéndose emplear otros conjuntos de ámbito superior como las secciones censales, las poblaciones, los distritos electorales, las provincias, las regiones, los países o cualquier otra división político-administrativa de interés. Con esta perspectiva vieron la luz los primeros análisis relevantes sobre el voto, basados en el denominado *enfoque ecológico* o agregado (Duverger, 1954; Key, 1956; Siegfried 1913 y 1949; Tingsten, 1937). La validez de este tipo de análisis, sus límites y, en especial, la trasposición de conclusiones al nivel individual ha sido objeto de una extensa crítica (López-Guerra, 1977; Robinson, 1950). La existencia de correlaciones entre los resultados electorales y las características de los grupos humanos que los generan no implican relaciones de causalidad, ni explica la conducta individual.³ Tampoco la observación de la volatilidad neta (Pedersen, 1979) nos da una aproximación precisa a los cambios de preferencias que realmente han tenido lugar. Ello no obsta para que se utilicen los datos de los escrutinios públicos con diversos propósitos en la investigación aplicada, especialmente cuando los hechos que se quieren estudiar pertenecen al pasado o no se han podido implementar diseños de investigación mediante encuesta (Dogan y Rokkan, 1969).

En todo caso, es evidente que los datos electorales son producidos por la agregación de conductas individuales, por lo que los modelos causales que los explican se deberían sustentar, al menos parcialmente, en observaciones para ese nivel, sin que por ello tengamos que considerar el fenómeno en ausencia de efectos del contexto social, incurriendo en la falacia individualista⁴ (López-Guerra, 1977; Scheuch, 1969).

³ En un influyente artículo publicado en 1950 (*Ecological Correlations and the Behavior of Individuals*) William Robinson advertía de la imposibilidad de extraer conclusiones sobre los individuos a partir de las asociaciones que encontramos en los datos agregados. Analizando la correlación entre inmigración y analfabetismo en los EE.UU., encontró que, a nivel agregado, donde había mayor volumen de inmigrantes, menor era el analfabetismo. Sin embargo, a nivel individual, la relación era positiva; es decir, los inmigrantes tenían una tasa de analfabetismo más alta, aunque tendían a asentarse en zonas donde el nivel educativo era más elevado. A la hora de explicar el voto, por ejemplo, podemos encontrar que el apoyo a partidos de izquierda es mayor en las zonas más industrializadas, concluyendo que tiene un importante componente de clase trabajadora. Sin embargo, es posible que, a nivel individual, sean los universitarios los que más votan a estos partidos. Sobre el impacto de la falacia ecológica en el estudio del comportamiento electoral véanse, como ejemplos, los trabajos de Kramer (1983), Matsusaka y Palda (1993) y Russo (2014).

⁴ Según Sidney Verba (1968) «Erwin Scheuch bautizó como *individualistic fallacy* el intento de derivar características de un sistema político de la suma de las respuestas de una masa de individuos [...] No puede inferirse la extensión de la “realidad democrática” en un país sobre la base de la proporción de entrevistados que

Para entender el sufragio y resolver sus vinculaciones con las situaciones particulares de sus emisores y su contexto necesitamos acceso a información descriptiva de la conducta a nivel individual. Algo como esto tenían en mente Charles Merriam y Harold Gosnell (1924) cuando, en un trabajo pionero en la década de 1920, entrevistaron a una muestra de abstencionistas de la ciudad de Chicago para interesarse por las motivaciones de su comportamiento. Esta será, básicamente, la propuesta metodológica dominante partir de la Segunda Guerra Mundial. Partiendo de muestras de personas representativas de una población mayor y, mediante la indagación estructurada a través de cuestionarios, se recaba información sobre la conducta electoral, las actitudes, intenciones, opiniones políticas y otras características sociales de los sujetos investigados.⁵

En definitiva, dado que es imposible observar a los electores en el momento de la votación, el acercamiento se hace por aproximación: empleando el testimonio de los sujetos recabado minutos, horas, días, meses o incluso años después de la elección de interés. De esta manera se produce el *recuerdo de voto*, que no es otra cosa que la declaración de los entrevistados ante una pregunta estímulo en una situación de encuesta que les solicita que desvelen su conducta electoral en una elección pasada. De la mano, primero de Paul Lazarsfeld, y luego del *Institute of Social Research* de la Universidad de Michigan, su uso con fines científicos se hace recurrente, dentro y fuera de los Estados Unidos, en centenares de proyectos de investigación, conferencias, artículos, libros y tesis doctorales (Almond, 1996).

La función principal del recuerdo de voto es la de actuar como *proxy* del comportamiento electoral. De ahí su papel como variable dependiente principal en las más relevantes monografías sobre comportamiento electoral de la literatura contemporánea. Lo encontramos, por ejemplo, en la obra seminal de Angus Campbell, Philip Converse y Warren Miller, *The American Voter*, cuando analizan los determinantes del voto demócrata entre 1948 y 1956 (1960: 302). Está en *Party systems and voter alignments* de Seymour Lipset y Stein Rokkan (1967: 17) cuando se explica la relación entre clivaje religioso y voto en 1956 en los Países Bajos. Se utiliza en la elaboración de los índices que miden el voto de clase de Alford (1963) y Thomsen (1987), así como en el estudio que al respecto hacen David Butler y Donald Stokes en *Political Change in Britain* (1971: 83) y Geoffrey Evans en *The End of Class Politics* (1999: 110). Lo encontramos en los análisis sobre la participación electoral de G. Bingham Powell en *American Voter Turnout in Comparative*

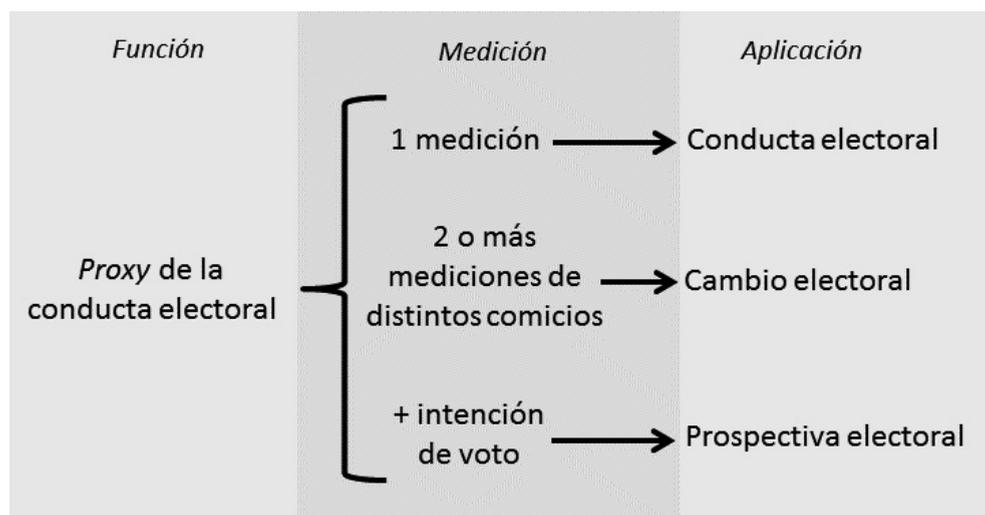
dan “respuestas democráticas”. La estructura política media en las pautas de respuesta y la forma en que los individuos adoptan decisiones políticas».

⁵ La incorporación de una pregunta sobre la conducta electoral de los entrevistados se consideró esencial ya en las primeras encuestas de opinión de carácter comercial. George Gallup la incluyó desde sus primeros estudios en la década de 1930 de manera sistemática junto con las demás preguntas sociodemográficas estándar (Squire 1988).

Perspective (1986) y de Mark Franklin en *Voter Turnout and the Dynamics of Electoral Competition in Established Democracies since 1945* (2004: 156); también en las indagaciones sobre el voto presentes en *The Nature and Origins of Mass Opinion* de John Zaller (1992: 259), en *Elements of Reason* de Arthur Lupia, Mathew McCubbins y Samuel Popkin (2000: 120) o en *The American Voter Revisited* de Michael Lewis-Beck y sus colaboradores (2008: 400).

Pero además de ser la principal puerta de acceso al estudio del comportamiento electoral, el *recuerdo de voto* presenta otras interesantes propiedades (gráfico 1). Cuando en una misma encuesta de corte transversal se recaba el recuerdo de más de una elección, mediante su cruce se obtiene la distribución de las transferencias de voto; un componente dinámico que permite analizar la estabilidad y el cambio de las preferencias a nivel individual (Arceneaux y Nickerson, 2009; Cox, 2009; Mayer, 2008; Niven, 2004). Cuando la referencia de contraste es la *intención de voto* puede resultar una pieza relevante para la predicción de resultados electorales.

GRÁFICO 1. Función, aproximaciones y aplicaciones del recuerdo de voto



En este último campo (el de la prospectiva electoral) pronto comenzaron a evidenciarse las dificultades que plantea su uso como *proxy* de la conducta. Uno de los ejemplos más conocidos lo tenemos en las observaciones de Archibald Crossley (1937) relativas a la fallida *encuesta de paja* de la revista *Literary Digest* para las elecciones presidenciales estadounidenses de 1936, en la que se apreciaba una desproporcionada presencia individuos que afirmaban haber votado al candidato Herbert

Hoover en 1932 en la pregunta que contenía sobre el recuerdo de voto en la elección anterior.⁶

Según cuenta Irving Crespi (1988: 40-41), en Estados Unidos, hasta las décadas de 1960 y 1970, resultó frecuente su uso como factor de corrección de las muestras a la hora de realizar predicciones, pero debido a los problemas que generaba la práctica cayó en desuso. En el Reino Unido su empleo en la elaboración de pronósticos se ha extendido hasta nuestros días, poniéndose de relativa actualidad tras el fiasco de los sondeos en las elecciones generales de 2015 y la investigación del *British Polling Council* y la *Market Research Society*, en la que se plantea que el uso de un recuerdo sesgado como factor corrector pudo haber sido uno de los principales desencadenantes del error (Sturgis *et al.*, 2016: 50).

En España, con cierto retraso, tras la primera oleada de estudios con datos ecológicos o agregados descrita por José Ramón Montero y Francesc Pallarés (1992), el recuerdo de voto pasa a ser profusamente utilizado en la investigación como variable explicativa o de estratificación. Lo encontramos en obras como *La política de la transición* de José María Maravall (1981), el *Informe sociológico sobre el cambio político en España, 1975-1981* de Juan Linz *et al.* (1981) y el volumen de Juan Linz y José Ramón Montero *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta* (1986). Posteriormente, sigue ocupando un lugar central en destacados trabajos empíricos sobre la abstención (Justel, 1995; Boix y Riba, 2000; Barreiro, 2002), el voto de clase (Caínzos, 2001), el voto ideológico (Torcal y Medina, 2002), religioso (Calvo y Montero, 2002), estratégico (Lago, 2005), en el análisis del impacto de los líderes políticos (Rico, 2009) y del voto dual (Montero y Font, 1991; Pérez-Nievas y Fraile, 2000), por citar algunos ejemplos.

También en el campo de los pronósticos su uso ha estado muy extendido en España. La evidencia apunta a que su empleo en los modelos de estimación de voto, como factor corrector de la representatividad de las muestras,⁷ tiende a producir

⁶ El término *encuesta de paja* (*straw poll*) refiere los primeros sondeos de opinión basados en la respuesta masiva de grupos no representativos de la población, como, por ejemplo, los lectores de una revista o periódico que contestan a un cuestionario postal. El método comienza a hacerse popular desde mediados del siglo XIX en Estados Unidos y crece conforme lo hace el interés de los medios de comunicación por las noticias relativas a la opinión pública, alcanzando su punto culminante con los *sondeos de paja* de *Literary Digest* a partir de 1916 (Giner, 1994), que lograron millones de respuestas bajo la equívoca premisa de que las muestras de gran tamaño producirían buenas predicciones electorales. En el caso concreto de la *straw poll* de 1936, la tarjeta postal incluía la pregunta «Mark How You Voted For President in 1932», e incluía bajo la misma la siguiente aclaración: «This is important and will reveal the significant drift from one party to another». Se enviaron 10 millones de tarjetas, recibándose de vuelta 2,4 millones de respuestas. En las mismas, el recuerdo de haber votado a Roosevelt en las presidenciales de 1932 era del 48 % cuando en realidad había obtenido el 57 % de los votos. Sin embargo, *Literary Digest* no tuvo este factor en cuenta y predijo que Landon ganaría a Roosevelt 57 % a 43 %, cuando en realidad ganó este último con un 62 %. En cambio, George Gallup, a través del *American Institute of Public Opinion* (AIPO), con una muestra representativa de menor tamaño, predijo adecuadamente al ganador de 1936.

⁷ En el sentido de «corregir» sus desviaciones respecto a los resultados electorales oficiales, mediante la asignación de pesos diferentes a los entrevistados según la conducta electoral que recuerdan haber tenido.

pronósticos más certeros (Cabrera-Álvarez y Escobar, 2019; Fernández-Santana, 1994: 148, 154 170, 244; Escobar *et al.*, 2014: 55, 82; Sanz de la Tajada, 1988, 1994: 824-825 y ss.). Sin embargo, en ocasiones resulta contraproducente este uso (Cabrera y Escobar, 2019; Escobar *et al.*, 2014: 90; Pasadas, 2014: 178); y, como veremos en esta investigación, sus problemas de medición pueden estar detrás de algunos de los errores más notorios en materia de predicción electoral de las últimas décadas.

La cuestión del recuerdo de voto ha dejado huella incluso en la confrontación partidista. En España tenemos algunos ejemplos. Resulta habitual que las encuestas de opinión «encuentren» menos votantes del Partido Popular (PP) «de los que deberían», lo que implica dificultades en la lectura de sus resultados que pocas veces son tenidas en cuenta. Por ejemplo, durante el período 2004-2008, en las muestras de los barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) los entrevistados que se declaraban votantes socialistas aventajaban en más de quince puntos a los populares, mientras que, según los resultados oficiales, la diferencia sobre el censo entre ambos sectores era de solo cuatro puntos. Esto produjo, entre otras, esta singular protesta del diputado José Antonio Bermúdez de Castro, del PP, ante el Congreso de los Diputados:

Señor ministro, un antiguo presidente del CIS dijo en esta Cámara que la eficacia de una encuesta se mide por la capacidad de acierto en su predicción. Pues bien, si seguimos esa máxima, sus encuestas electorales son inútiles e ineficaces. (...) Me podrá decir que solo son encuestas, que en campaña los demás mejoramos, pero, señor ministro, es que el CIS solo hace encuestas y además lo hace con el dinero del contribuyente. Y a eso se añade una continua y exagerada sobrerrepresentación de ex votantes socialistas en las muestras de sus entrevistas, un sesgo a la izquierda que no se corrige y que se traslada directamente a las conclusiones de sus encuestas. Me dirá que qué mal pensados somos algunos, me dirá que esos desajustes son casuales, que es mala suerte repetida o lo que usted quiera, pero, señor ministro, no lo parecen. Así que o cargan esas encuestas a los gastos de propaganda de su partido o corrigen ese sesgo en sus muestras (*Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, 1 de diciembre de 2010).

Esta intervención aborda cuestiones interesantes que constituyen el núcleo central de este libro:

- ¿Hay electorados sobrerrepresentados o infrarrepresentados en las encuestas?
- ¿A qué nos referimos cuando hablamos de sesgos o desajustes?
- ¿Cómo se originan?
- ¿De qué factores dependen?
- ¿Pueden corregirse?
- ¿Cómo afectan al estudio de la conducta y del cambio electoral?

También se ha empleado para asignar el voto más probable a los entrevistados indecisos en varias de las estimaciones del CIS, tal y como hemos podido observar en primera persona.

PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN Y CONTENIDOS DEL LIBRO

Esta investigación monográfica propone desentrañar estas cuestiones respondiendo a una pregunta de investigación, centrada en el origen y las características de las dificultades en la medición del recuerdo de voto, que formulamos de la manera siguiente: ¿podemos explicar las diferencias entre los resultados electorales oficiales y la conducta de voto recordada en las encuestas a partir de las características de los entrevistados y del contexto electoral en el que se realiza el trabajo de campo?

Procuraremos ofrecer una explicación que integre los diferentes aspectos relacionados con el fenómeno. En el capítulo I, revisaremos los determinantes que favorecen la aparición de desajustes entre el recuerdo de voto y la conducta electoral realmente acometida. Los clasificaremos en tres grupos: los factores relacionados con el proceso de medición (el error y el sesgo muestral, los fallos de los investigadores, los efectos del diseño del cuestionario y el impacto de la interacción entrevistador-entrevistado); los factores vinculados al contexto electoral (las características de la oferta de los partidos y del sistema electoral, el resultado de la elección recordada y el *timing* de la medición respecto a las diferentes votaciones); y, en tercer lugar, las características individuales de los entrevistados (sus capacidades cognitivas, su historial de conducta electoral, su grado de sofisticación política y la presencia de elementos estabilizadores del voto).

La estrategia de análisis pasa por controlar la influencia del primer grupo de factores (del proceso de medición) y contrastar el efecto de algunos de los más relevantes del segundo (del contexto electoral) y tercero (de los entrevistados). En este libro reuniremos evidencias relativas al impacto de algunas características de los partidos recordados (su tamaño, su estatus de ganador o de partido en el Gobierno, su proximidad ideológica a los electores y el voto recibido en otros comicios más próximos al trabajo de campo) y de algunos rasgos relevantes de las personas investigadas (su sofisticación política, identificación partidista y posicionamiento ideológico). Las indagaciones se harán atendiendo a dos unidades de análisis diferentes: en primer lugar, a las frecuencias de las categorías de respuesta del recuerdo de voto obtenido en las encuestas y, en segundo lugar, a las respuestas individuales de los participantes en las entrevistas.

Concretamente, postularemos que los partidos que ocupan posiciones de mayor ventaja (*primacía*) en los sistemas de competición electoral tienden a recibir una mayor proporción de menciones, aunque dicha relación está sesgada en detrimento de las formaciones más conservadoras y de centro. Adicionalmente, propondremos que los entrevistados que procesan más información política son más consistentes en sus declaraciones (es decir, recuerdan la misma conducta en sucesivas entrevistas) e incurrir menos en la no respuesta. En tercer lugar, contrastaremos el impacto de otras elecciones celebradas más próximas al trabajo de campo en la distribución de las

menciones y en la respuesta individual. En cuarto lugar, comprobamos si estos tres fenómenos están conectados y si las evidencias obtenidas en los diferentes niveles de análisis son congruentes; esto es, si las desviaciones agregadas respecto a los resultados oficiales pueden vincularse a los errores de respuesta observados a nivel individual. Adicionalmente, evaluaremos si las dificultades de medición del recuerdo pueden conducirnos a sobreestimar la fuerza de determinadas covariaciones o a infraestimar la volatilidad. Finalmente, cerraremos esta monografía con una serie de recomendaciones dirigidas tanto a los investigadores que desde el mundo académico tratan de explicar el voto pasado, como a los analistas que emplean este recurso para pronosticar resultados electorales.

La investigación empírica se desarrollará en los capítulos II, III, IV y V. Examinaremos si en ellos se sustentan nuestras suposiciones. En el capítulo II analizaremos 157 muestras de treinta países procedentes de la Encuesta Social Europea (*European Social Survey-ESS*); atenderemos a las desviaciones del recuerdo de voto respecto a los resultados electorales oficiales, así como a los factores individuales condicionantes de la no respuesta parcial. En el capítulo III aterrizaremos en el caso español con una revisión de la serie temporal de recuerdo de voto recogido en los barómetros del CIS entre 1996 y 2015, contrastando los efectos del paso del tiempo y del cambio en las preferencias electorales. En el capítulo IV examinaremos 227 encuestas de ámbito autonómico del CIS, corroborando si se repiten los desajustes del recuerdo de voto en elecciones de diferente nivel, así como en la no respuesta parcial. Cerraremos con el capítulo V, en el que revisaremos siete estudios de *panel*, también del CIS, analizando las inconsistencias en mediciones sucesivas, así como, nuevamente, la no respuesta parcial. Finalizaremos, en el capítulo VI, haciendo balance de los hallazgos y de sus consecuencias para la investigación aplicada.

La primera aproximación, basada en la ESS, ofrecerá un análisis comparado con un significativo aporte informativo y analítico, posicionando el objeto de estudio en un contexto de referencia amplio. El posterior uso intensivo de datos procedentes del caso español responde a la concurrencia de factores pragmáticos y de diseño. En primer lugar, los conjuntos de datos seleccionados permiten presentar evidencias de manera ordenada: desde el ámbito europeo al autonómico, pasando por el nacional, estableciendo las semejanzas y diferencias entre ellos. En segundo lugar, para responder a la pregunta de investigación, necesitaremos conjuntos amplios de encuestas realizadas con procedimientos de campo y cuestionarios relativamente homogéneos, encontrando en el banco de datos del CIS una fuente adecuada por explotar, con mediciones repetitivas del recuerdo de voto. En tercer lugar, en este libro estamos continuando una senda previa (Balaguer, 2010) que mejora el análisis y comprensión de estos fenómenos en España. En cuarto lugar, las encuestas electorales *panel* producidas por el CIS, centrales en esta investigación, ofrecen una oportunidad poco común para el estudio de la consistencia del recuerdo de voto, considerándose ne-

cesario proceder a su análisis, explotación y difusión. Finalmente, se da la circunstancia de que el autor tiene en el CIS su centro de trabajo, motivo por el cual ha procurado ajustar sus intereses investigadores a ámbitos que puedan resultar de utilidad para dicha institución, de manera que las aportaciones realizadas tengan la posibilidad de cumplir una función social.

Los esfuerzos en este libro se dirigen a la explicación de los desajustes entre la conducta electoral real y el voto declarado en encuestas, ponderando de esta manera la utilidad del recuerdo como *proxy*. No se trata de un problema metodológico. Los desafíos en su medición tienen una significación medular para la disciplina y un claro impacto social: afectan a nuestra lectura de la realidad y a la forma de conocer y explicar el cambio político. Confiamos en que, a través de las próximas páginas, la evidencia presentada ayude a poner de relieve, no solo la necesidad de acrecentar el trabajo interdisciplinario en este ámbito, sino también que, por esta vía, podemos redescubrir aspectos fundamentales acerca de la naturaleza de nuestro objeto de estudio.